

## **LOS CORRALES DE PESCA DE SAN JUAN DE COQUIHUIL:**

*(Artículo aparecido en la revista Suelo Americano, pp.96-103, Universidad Arcis, N°5, 2003).*

Ricardo Alvarez Abel, antropólogo (taijataf@gmail.com)

Nelson Bahamonde Barría, profesor de Historia, Magíster © Etnohistoria  
(chilealavista@hotmail.com)

A través de este relato queremos intentar develar las causas por las que los corrales de pesca dejaron de ser usados en Chiloé insular, tomando como ejemplo lo ocurrido en el pueblo costero de San Juan – comuna de Dalcahue - entrometiéndonos entre los relatos de quienes recuerdan tal práctica. Este caso refleja un proceso que no sólo afectó a esta estrategia sino a muchísimas otras, coincidentemente solidarias y que implicaban la participación de toda la comunidad, tratándose en este caso de uno de los lugares donde su recuerdo contiene una riqueza no comparable con otras zonas costeras, donde ha sido parcial o totalmente olvidado. El desarrollo de la historia de esta localidad, complementada con una síntesis de la forma en que eran utilizados los corrales de pesca en el mismo lugar, intentará dar cuenta de las causas que han afectado la forma de vida de los habitantes de este archipiélago quienes han reemplazado todo un sistema tradicional de vida con un costo que principalmente se advierte en la pérdida del control y de la toma de decisiones, en otras palabras, el destino, de su entorno y recursos.

Tales aparejos de pesca dejaron de utilizarse hacia finales de la década del '60, y hoy en día sólo perduran algunos estacones carcomidos por la broma de mar, o simplemente fragmentos de memoria que logran situarlos imaginariamente en la explanada de lodo que enfrenta a San Juan al bajar la marea.

Estos recuerdos no sólo nos refieren una práctica dirigida a la satisfacción de necesidades básicas: el capturar peces, sino además toda una serie de concepciones mágicas que formaban parte de la lógica con que los habitantes del lugar concebían la realidad. Su ubicación, propiedad y uso reflejaban las diferencias sociales establecidas entre las familias, recreando en el intermareal (espacio afectado por las bajas y altas mareas) la distribución jerárquica de la comunidad. Finalmente, representaban una concepción de uso

del espacio que protegía la sustentabilidad de los recursos marinos a través de normas de reciprocidad comunitarias. Por lo tanto, el control en la toma de decisiones estaba en manos de las comunidades locales, a diferencia de lo que ocurre actualmente en Chiloé insular.

### ***Ubicación de San Juan:***

El sector rural de San Juan dista 32 Km. de Dalcahue, cabecera de la comuna del mismo nombre a la que pertenece. El estuario de San Juan se sitúa entre los poblados de Dallico (al Norte), Calen (al Este), Quetalco (al Oeste) y el canal Dalcahue (al Sur). El caserío se emplaza sobre una terraza costera inmediata al estuario del mismo nombre, al Sudeste de la desembocadura de los ríos San Juan Oriente y Quillayco. Se halla protegido de los vientos vinculados al mal tiempo (norte, este y oeste) y expuesto al viento sur. Es interesante mencionar que en períodos de bajamar este estuario, cuya profundidad máxima en altas mareas es de 5 mts., genera una amplia zona intermareal rica en moluscos y aves pudiendo alcanzar casi un kilómetro de largo en dirección norte - sur.

La comunidad está compuesta por al menos setenta familias que, en su mayoría, viven dispersas en los lugares altos del sector. La economía local es básicamente de autosustento sobre la base de la crianza de animales (vacunos, ovinos y porcinos) y aves de corral, la pesca y la recolección de mariscos, que combinados proporcionan el sustento diario. Además, en esta economía mixta de autosubsistencia, también tiene cierta importancia un centro de cultivos salmonídeos que da empleo a una veintena de jóvenes del sector. Otros cultivos marinos -de choritos y cholgas- también eran importantes hasta que se presentó la marea roja en el presente año, lo que produjo inmensas pérdidas a los propietarios, los que en su mayoría eran del lugar, y éstos a su vez ocupaban un importante número de mano de obra local. Actividades menores en el sector son el comercio, la construcción y reparación de embarcaciones, la recolección del pelillo (alga gracilaria) y la confección y venta de artesanía en lana.

El centro de mayor densidad poblacional se ubica a nivel del mar, junto a la playa, donde se concentran una veintena de casas en torno a la antigua capilla, levantada a fines del siglo XIX. **De hecho, el caserío se estructura sobre la base de tal edificio, en cuyo frente se ubica la explanada (espacio abierto para fines religiosos), hoy convertida en una pequeña plazoleta, y a sus espaldas el viejo cementerio (en desuso desde el terremoto de 1960).**

Otros elementos que complementan este pequeño centro de actividades son: la escuela básica (de 1° a 6°), la posta de primeros auxilios (atendida una vez al mes), la sede social, un almacén, dos pequeños astilleros donde se construyen embarcaciones y las viviendas mencionadas.

### ***Breve historia de San Juan de Coquihuil y las transformaciones en la forma de vida local :***

*Coquihuil, Foguihuil* o *Coguihuil*, era el nombre que los pobladores originarios le daban a este lugar, pues así aparece en diversos mapas y documentos hasta fines del siglo XVIII. El significado (*co* = agua, río, estero / *güi* = hacerse / *huil* = hilo, hebra / *cogüil* = enredadera), permite suponer como topónimo el término de “estero que se hace hebra”, que podría estar relacionado con el fenómeno de las mareas donde, en bajamar sólo hilos de agua recorren la playa como enredaderas.

Tras la llegada de las primeras familias españolas, a mediados del siglo XVII, los indígenas del lugar son encomendados, es decir, entregados a los conquistadores como mano de obra para el trabajo de sus mercedes de tierra. La encomienda de Coquihuil, en aquel tiempo, formaba parte de la Capilla de Calen, adonde acudían españoles e indígenas para recibir los sacramentos de parte de los misioneros jesuitas, quiénes una vez al año, en su Misión Circular, recorrían todas las capillas de la provincia.

El aumento de la población del sector, hizo que a comienzos del siglo XIX se construyese en el lugar la primera Capilla, fabricada con juncos, denominada así ‘pajiza’. Tiempo después llegó a ella su primera imagen, la de San Juan Bautista. Debido a la devoción que generó desde aquel día el sector tomó su nombre.

Se deben haberse construido cinco o seis capillas como la primera. La actual, más sólida (construida en madera y forrada con tejuelas) y definitiva, pudo levantarse aproximadamente en 1887, con el esfuerzo de los vecinos de San Juan, Dallico y Puchaurán, las que formaban parte del Distrito.

Desde las primeras décadas del siglo XX, en la comunidad de San Juan no existen familias con apellidos indígenas, lo que es hasta hoy y en función de los prejuicios locales vinculados con la ocupación hispana, motivo de distinción para los capilleros (como se hacen llamar los vecinos próximos a la capilla de San Juan). De hecho, aun perduran

términos o calificativos como ‘legítimo’ y ‘natural’, referidos a una descendencia pura e hispana en el primer caso y a una descendencia indígena en el segundo.

No obstante, el área fue en una época densamente poblada por comunidades Huilliche. Además de los abundantes restos arqueológicos, la presencia indígena continúa presente evidenciándose a través de la toponimia del sector, donde se mezclan nombres de etimología indígena con españoles (Piedras Altas, Bolle, Duihue, Pugnel, Quillayco, Piní, Poncho Quemado, Catrupae, Alto Colorado, Las Chinas, Santana, Punta Marín, Piedras Altas, El Huinco, Dallico, Puchaurán, Los Caulles, Villauquina, entre otros). También, se mezclan términos en éstas dos lenguas en el vocabulario tradicional (en la preparación de alimentos, la pesca y marisca, en la artesanía, agricultura, enfermedades, mitología, etc).

Pero, por sobre todo, en la reiteración inconsciente de conductas indígenas heredadas a través de las actividades antes mencionadas y que deben su razón al alto grado de aculturación que tuvieron los descendientes de los primeros colonos, situación que afectó inversamente a los descendientes Huilliche y que justifican a la población chilota como el resultado de un largo proceso de hibridación cuya dinámica se basó en la dominación violenta del territorio y en el aislamiento de las poblaciones residentes.

El prejuicio mantenido en el tiempo resulta en la negación actual de cualquier vínculo con el pasado indígena. Documentos coloniales nos confirman que existió una encomienda indígena llamada Coquihuil, que era vecina de las encomiendas de Calen, Quetalco (donde predominan familias de origen Huilliche) y Dallico (sector que hace unos años pertenecía a San Juan y donde también fueron expulsados).

Posiblemente en 1783, cuando se suprimió el régimen de encomiendas en el archipiélago, la población indígena de Coquihuil estaba muy mermada. Lamentablemente, aún existe un vacío para saber lo que ocurrió entre fines del siglo XVIII y comienzos del XIX, lo cierto es que vecinos de la capilla de San Juan aparecen solicitando tierras al Estado chileno en los primeros años de la república, las que probablemente pertenecían originalmente a familias indígenas que fueron marginados de los tratos de apropiación, fenómeno común a todo Chiloé.

El boom maderero del siglo XIX daría la razón a todos los que mediante el sistema de “volteaduras” (se usaban como cercos o deslindes inmensos árboles que se echaban abajo) se adueñaron y después solicitaron potreros de grandes dimensiones.

La primera escuela del sector apareció por 1865 y debió ser sostenida por los propios vecinos sin embargo ser la capilla el motor de urbanización principal.

A comienzos del siglo XX, el poblado ya tomaba la forma actual con su capilla, explanada, cementerio, casermita, escuela, almacén, molino de agua, corrales marinos, astilleros y una intensa actividad de venta de productos agrícolas y forestales, que eran transportados hasta Tenaún, Ancud, Puerto Montt y otros puntos en veleros armados por familias del lugar. Hasta mediados de tal siglo la situación no varió en mucho, caracterizándose la mayor parte de su población por vivir dispersa, como reminiscencia que caracterizó a las antiguas poblaciones Huilliche y a la forma de vida hispana hasta durante la conquista y la colonia. Con el terremoto del 22 de mayo de 1960, muchas cosas cambiaron (aparte de saberse en todo el mundo de la existencia de un archipiélago llamado Chiloé). El poblado, como espacial y estructural no varió substantivamente, sin embargo, sufrió los efectos del terremoto de la década del '60 hundiéndose gran parte de lo que antes eran pampas y renovales a orilla de mar. La playa dejó de ser pródiga, y el río y sus nuevas ramificaciones también variaron. La mayoría de los corrales de pesca comenzaron a desaparecer, y hoy prácticamente todas las construcciones (excepto la capilla) son posteriores a tal fenómeno. Como consecuencia de algunas situaciones mencionadas -como los cambios en el estero y ríos- el sector de Dallico, en 1962, construyó una pequeña capilla que los escindió (junto a Puchaurán) de San Juan. Así la comunidad quedó reducida a la mitad y fue también el inicio de la decadencia de la fiesta de San Juan (cada 24 de junio), la que coincide simbólicamente como resultado del sincretismo histórico con el wetripantu o año nuevo Mapuche Huilliche.

Por éstos años las embarcaciones a motor habían alcanzado gran importancia, desplazando a los veleros, para efectuar viajes a Puerto Montt o Castro. Lanchas de recorrido transportaban pasajeros y sus víveres desde Dalcahue a San Juan en viajes inolvidables hasta hoy por quienes hacían el trayecto.

A mediados de los setenta, se inició la construcción del camino costero que comunica Dalcahue con Quemchi, uniendo en caminos vecinales a otros poblados menores.

En 1982 se inauguró el camino hasta San Juan y se inició un precario servicio de microbuses rurales hasta Castro, comenzando un rápido proceso de cambios que aun no terminan y entre cuyos costos está la pérdida en el uso de los corrales de pesca.

### ***La pesca con corrales:***

Esta práctica debe considerarse como una estrategia milenaria común a todo el globo hasta la actualidad. Es posible descubrirla –en desuso o vigente- en otras zonas de América, Europa, Asia y África, así como en sinnúmero de otros lugares asociados a la costa. La sencillez de su construcción, utilizando materiales disponibles generalmente en el entorno inmediato, y la gran cantidad de peces que aporta en una sola captura, los convirtieron y convierten actualmente en artefactos preciados por pueblos vinculados al mar.

En el caso concreto de Chiloé fueron citados a través de las primeras crónicas dejadas por viajeros que recorrieron la zona. Es posible referir así los comentarios hechos por Lázaro de Rivera en el siglo XVII: *“Cuando aquellos isleños quieren hacer una pesca considerable de ellos- róbalos-, eligen un estero angosto, el cual lo cierran por medio de una estacada vertical dejando un espacio de pulgada i media o dos de estaca a estaca cuya altura la proporcionan de modo que el flujo de la mar pase por encima. Luego que empiesa a declinar la marea se vé, con nó poca diversion de los circunstantes, toda la playa cubierta de pescado de varias especies, siendo siempre el robalo escede en número a los demás”*. O lo planteado por Fr. Pedro Gonzáles en el siglo XVIII: *“Para pescar hacen quando el mar está en total vaciante unos grandes cercos formados con estacas y entretextados con ramas. En mar lleno quedan cubiertos con las aguas, y entra en ellos sin rezelo el pescado, vuelve luego la vaciante, y queda lo mas en seco, y asi cogen á su arbitrio, y hay ocasiones que sacan de uno de estos cercos, que ellos llaman Corrales, 500 ó mas Róbalos”*(1791). Durante el mismo siglo y los siguientes aparecen nuevas referencias que describen sólo la práctica de pesca, sin embargo no evidenciar el uso mágico de determinadas especies vegetales o animales para facilitar la captura y proteger al corral de maleficios o animales sobrenaturales.

Es necesario plantear que fueron utilizados masivamente en todo el archipiélago de Chiloé, así como en todo el sur de Chile, logrando vincular a un sinnúmero de poblaciones

que se remontan al período precolombino. En el caso de Chiloé insular podemos mencionar como autores originarios a los Chono, de hábitos canoeros y nómades, cuya vida estaba ligada a la explotación de los recursos marinos, y a los Huilliche, de hábitos semisedentarios, quienes continuaron con la práctica transmitiéndosela a los conquistadores, coincidiendo con el largo proceso de hibridación cultural y formación de la sociedad chilota actual.

Localmente fueron construidos con dos tipos de materiales según las condiciones y recursos disponibles en el lugar: con rocas amontonadas, en el caso de playas pedregosas expuestas, adoptando formas semicirculares. Tales estructuras requerían de poco mantenimiento, entregando continuamente peces al bajar la marea. Por otro lado, en estuarios o playas cenagosas por donde escurrían riachuelos se empleaban ramas y varas entrelazadas (a manera de los cercos de varas tejidas denominadas quinchos que se usan actualmente en el campo), dejando en medio una compuerta o trampa que era empleada para cerrar la huida de los peces al bajar la marea. Cada depresión causada por el paso del agua permitía la existencia de una de estas compuertas, obedeciendo a los lugares escogidos por los peces para retornar al mar. Tales instalaciones podían adoptar, según las características del lugar, formas semi rectangulares a semi circulares, alcanzando grandes dimensiones para producir una captura abundante.

Los relatos recuperados en San Juan nos permiten recrear una visión mucho más compleja del fenómeno, la que describimos en el siguiente capítulo.

### ***La práctica de corrales de pesca en San Juan:***

Cada corral pertenecía a un grupo de familias emparentadas sanguíneamente, quienes eran denominados *herederos*. Sin embargo, no contenían a toda la población del lugar, llamándose a quienes debía recurrir a la ‘súplica’ de peces (debe entenderse como petición) *collis* o mirones. Para ingresar a uno de estos grupos era necesario por tanto tener lazos sanguíneos o esperar a que uno de los integrantes abandonase el lugar. Además, las mejores ubicaciones estaban directamente asociadas con las diferencias sociales establecidas por las familias de la comunidad. A pesar de esto, tras cada captura un número considerable de pescados era regalado a los *collis*, reflejando una concepción de

reciprocidad que obligaba a la repartición de todos los integrantes de la comunidad presente y que puede ser vinculada a una actitud reminiscente de origen indígena.

Para la construcción de los mismos se solicitaba la participación de personas especializadas en el tema, que habían adquirido tal conocimiento a través de la experiencia y el aprendizaje de sus generaciones mayores. Se requería instalar en primer lugar estacones de luma (*amomyrtus luma*) enterrados en el lodo, llamados *mechenquenes* o *firmes*. Luego de ello se tejían con varas delgadas y flexibles principalmente de arrayán (*luma apiculata*), formando una tupida malla con espacios que no excedían los 7 cm. , espacio utilizado por los peces de menor tamaño para huir. Las compuertas o trampas situadas en las depresiones de los riachuelos estaban confeccionadas de la misma forma. En cada extremo sobresalían varas largas de 1.80 a 2 metros de altura, las que más tarde serían manipuladas desde un bote en marea alta.

Una vez construido era necesario llamar a un individuo denominado localmente *curioso*, quien otorgaría poderes especiales al corral para, en primer lugar, atraer a los peces a su trampa y, segundo, protegerlo de males arrojados por otros curiosos o por seres sobrenaturales que los destruían en busca de alimento, como el cerdo culebra llamado *cuchivilu*. Este individuo empleaba especies arbóreas como el canelo (*Drimys winteri*), el laurel (*Laureliopsis phillipiana*), palotaique (*Desfontainia espinosa*) y chaumán (*Pseudopanax laetevirens*) para chicotear (azotar) el corral mientras hablaba palabras desconocidas para el común de la comunidad y que eran percibidas como mágicas. Al mismo tiempo, y como parte de una práctica que ha perdurado hasta nuestros días asociada a la pesca con redes de nylon en las costas de Tenaún (35 km. al este de San Juan), se utilizaba una lagartija muerta para otorgar mayor fuerza atractora al corral. El reptil era envuelto en paños y enterrado entre los mechenquenes, alargando el efecto de su empleo sobrenatural.

Una vez realizados estos procedimientos era posible comenzar la utilización del corral de pesca. Para ello se dejaban abiertas las compuertas con marea entrante y, una vez que comenzaba a descender, se apresuraba un bote para cerrarlas. Los peces, impedidos de regresar al mar, luchaban por escapar enterrándose finalmente en el lodo, desde donde eran sacados.



***Para finalizar, a manera de conclusiones:***

En el caso de Chiloé, el título II del Reglamento de Ley de Pesca prohibió, desde principios de siglo, el uso de estas estructuras por considerarlas contrarias a la sustentabilidad de los recursos.

Si bien el poder ejercido, primero por la corona española, y luego por el Estado chileno, era común a todo Chiloé, su incidencia no lograba afectar la vida cotidiana de comunidades apartadas o aisladas. Tal fenómeno comienza a tener reales efectos cuando la propia comunidad, en su afán por vincularse con el resto de la isla en pro de un desarrollo que observaba en las urbes locales, abre sus fronteras a medios de comunicación más efectivos (rutas terrestres por ejemplo), trayendo consigo por un lado los artefactos del progreso, y a la vez la autoridad de un ente externo que les había sido parcialmente indiferente. Los corrales, así como un sinnúmero más de elementos culturales locales, se vieron enfrentados a rápidos procesos de readecuación que los dejaron caducos, como palabra que yace en el recuerdo.

Actualmente, la memoria que los mantiene resistentes al olvido va desapareciendo a medida que las generaciones más jóvenes desoyen las palabras de sus ancianos, debido principalmente a que las historias y conocimientos locales son desvalorizados frente a la información que proviene de afuera, por efecto de los medios de comunicación masivos que los enfrentan a un mundo que parece estar al otro lado del televisor o radio.

Es menester empoderar nuevamente a las comunidades como San Juan, sean de origen hispano o comunidades Huilliche, no para que los corrales de pesca vuelvan a la vida como práctica, sino para que toda la concepción de un entorno como patrimonio, cuyo uso y control pasa por la decisión de sus miembros, vuelva a resurgir en Chiloé insular.

Experiencias como la construcción de un nuevo corral de pesca en el caserío de Yutuy (fiordo de Castro) el año 2001 a través de un Fondart realizado por la Corporación Cultural de Castro, aun cuando está orientado a un uso turístico, plantean la posibilidad de reactualizar conocimientos que estaban relegados al casi olvido, renovando integralmente una serie de elementos que requieren del compromiso de todos los miembros que pertenecen a una comunidad pequeña. Lo difícil está en cómo, sin generar aislamiento, es posible plantear barreras simbólicas, patrimoniales, que generen particularidades frente al

proceso actual de globalización. Dejamos esta inquietud abierta pues hace falta un trabajo comunitario para responderla y proponer al respecto.

**Fuentes:**

La información presentada se basa en una serie de entrevistas realizadas a partir del año 2000 en las localidades de San Juan y Calen (comuna de Dalcahue) a miembros de tales localidades. Fue complementada con antecedentes rescatados a través de entrevistas realizadas por la Federación de Comunidades Huilliche de Chiloé.